

—¿Pues qué, está usted plenamente convencido de la verdad de nuestra religión?

—Si no lo estuviera desde luego no variaría de comunión; no soy tan débil.

—No puedo comprender cómo haya sido tan pronto este convencimiento.

—Oiga usted, señora: el largo tiempo que he vivido con los católicos; la íntima amistad que he llevado con algunos de las luces y probidad del caballero esposo de usted y del señor Labín, y la tal cual instrucción que he tenido por los libros que he leído, despertaron días hace en mi corazón unos vehementes deseos de incorporarme en vuestra religión; pero siempre resistí á ellos haciéndome violencia, porque esperaba volver á mi patria, y no me determinaba á sufrir con constancia los desprecios y aun los ultrajes que tendría que experimentar de los míos cuando supieran que había variado de religión; pero ahora que estoy resuelto á domiciliar me para siempre en esta capital, no tengo ya que temer, y así quiero acallar los incesantes gritos que la verdad me da en el corazón, haciéndome católico con todo gusto y convencido de la solidez de los principios de vuestra religión.

—Usted dispense mi curiosidad, dijo Matilde; pero yo quisiera saber qué principios fundamentales son los que han persuadido á usted á esa verdad.

—Voy á darle á usted gusto, señorita, dijo Welster; y prosiguió de esta manera: Seis son para mí los principios más fundamentales de vuestra religión, que me han atraído á su gremio, y que me parece serían bastantes para persuadir á cualquiera que los examinase sin pasión. Primero, las revelaciones; segundo, la pureza de la moral de Jesucristo; tercero, sus milagros y su resurrección incontestables; cuarto, el modo con que se estableció la religión; quinto, la constancia y la uniformidad de la tradición; sexto y último, la perseverancia y unión de la Iglesia católica <sup>1</sup>.

Si atendemos á las revelaciones, se ven exactamente cumplidas en la persona de Jesucristo, habiendo sido escritas en tiempos muy anteriores á su venida, en diversos lugares, en distintas épocas y por distintos profetas. De estas revelaciones fueron algunas tan circunstanciadas y prolijas, que más parecen historias de lo pasado que predicciones de lo futuro. Tales son las del santo rey David. Este profeta anunció el nacimiento, la vida, pasión y muerte de Jesucristo con tanta escrupulosidad, que no deja la menor duda en que fué el Mesías prometido por los antiguos Padres y Profetas. Si examinamos la moral de Jesucristo, la hallamos pura,

<sup>1</sup> Como los anabaptistas son cristianos, aunque no católicos, y de esta secta se supone á Welster, solamente los principios 5.º y 6.º de los que enumera pudieron influir en hacerle católico, porque los otros son comunes á católicos y anabaptistas.—E.



opuesta al ímpetu de las pasiones y la más propia para conseguir, aun en esta vida, la felicidad á que todo hombre aspira, esto es, la paz del corazón.

Es cierto que sus reglas son difíciles para el hombre natural, ó según sus inclinaciones en el estado natural. Refrenar nuestros apetitos, dar á otro nuestros bienes, perdonar los agravios y hacer bien á los que nos injurian, son sin duda unas leyes muy desconformes con nuestra natural inclinación; pero por eso son tanto más elevadas y heroicas las virtudes que deben resultar de su observancia.

Los milagros de Jesucristo y su resurrección fueron muy públicos. Sus mismos enemigos, los que lo aborrecían de muerte, los que lo calumniaron en los tribunales, lo malquistaron con el pueblo y lo hicieron morir en un suplicio, jamás se atrevieron á negar que los hizo. Ellos quisieron deprimir su mérito fingiendo patrañas y atribuyendo su virtud al poder de Beelzebú ó del Demonio; pero no se atrevieron á negar los hechos. ¿Ni cómo podrían hacerlo, cuando éstos fueron tan públicos y repetidos? Todos los milagros del Mesías fueron hechos delante de testigos, que á veces se contaron á millares.

Su resurrección tuvo igual carácter de verdad. Predicha por él mismo, cosa que no se atrevió á hacer Mahoma ni el seductor más famoso, se verificó. Sus enemigos la habían oído muchas veces de su boca, y

la temieron; por eso tomaron todas las precauciones oportunas. Pusieron guardias que custodiaran el sepulcro y serían escogidas y bien pagadas. Este sepulcro estaba bien cerrado con una losa bien pesada; sin embargo, Jesucristo resucitó dentro del plazo que había prefijado, y sus enemigos, no pudiendo negar la sobrenatural falta del cadáver, dicen que los centinelas se durmieron, y que mientras, se robaron el cuerpo los discípulos. Mas ¿es creíble que todos se durmieran? ¿es creíble que los amigos de Jesucristo rompieran el sepulcro, levantaran la pesada piedra y extrajeran el cuerpo con tanto silencio que no despertó ninguno de los soldados? ¿Acaso estarían ebrios? Pero ebrios ó dormidos, ellos no vieron robar el cadáver, según aseguraron, y sin embargo, fueron creídos sobre su palabra. Tenían los ojos cerrados y depusieron del robo como testigos de vista. ¡Qué contradicciones tan absurdas!

Si atendemos á la moral de Jesucristo y al modo con que estableció su religión, nos hemos de confirmar en su verdad. La moral opuesta á las pasiones es desagradable á los hombres; por lo mismo debía de haber sido poco seguida la del Mesías, y mucho menos según el modo de su establecimiento. Este fué más raro y más maravilloso.

Considerémoslo comenzado por Jesucristo y perfeccionado en su virtud por los Apóstoles. ¿Quién fué Jesu-



cristo en el mundo? Un hijo de un artesano y de una costurera,<sup>1</sup> nobles en su origen, pero humildes, oscuros y abatidos por su mucha pobreza y ningún nombre. ¿Quiénes fueron los Apóstoles, sus principales agentes? Unos pobres idiotas, sin dinero ni representación en la república: éstos establecieron la religión católica. ¿Y cómo? No prometiendo riquezas ni delicias temporales, no ampliando el libertinaje de los hombres, no auxiliados de la fuerza de las armas, no alucinando con fábulas ni mentiras á los pueblos idólatras y necios, como lo hizo el impostor Mahoma para establecer su ridículo y absurdo partido, sino predicando humildad, pobreza y mortificación; chocándose contra la opinión común del mundo, sin más auxilio que sus penetrantes palabras, su santo ejemplo y sus muchos milagros. De manera que, como dice un escritor francés, Jesucristo, humanamente hablando, hizo todo lo necesario para no conseguir el establecimiento de la religión. Con todo esto, los hombres lo seguían en turbas, lo confesaron hijo de Dios y tendían sus capas en Jerusalén cuando lo recibieron con ramos cantándole: *¡Alégrese en las alturas; alégrate, hijo de David!* ¿Esto no maravilla? ¿no pasma? ¿no prueba hasta la evidencia que

<sup>1</sup> Por tal era tenido de los que ignoraban que Señor San José era su padre estimativo, pues Jesucristo no tuvo padre en cuanto hombre, por haber sido su concepción sin concurso de varón. Esto lo saben los niños de la escuela; mas no es ocioso decirlo aquí. Los libros van á manos de sabios é ignorantes.

este Jesucristo era el Mesías verdadero? ¿Cuál de los seductores que ha habido ha establecido su ley tan áspera, tan contradicha por los hombres, tan desagradable á sus pasiones, tan sin humanos auxilios y milagrosamente acreditada?... Señores, perdonen ustedes que me exalte. Yo me entusiasmo en favor de la religión cristiana cuando hablo de ella seriamente y considero que sus principios son tan evidentes, que me parece basta el criterio humano para convencernos de su verdad.

—Siga usted, señor Jacobo, dijo el coronel, pues usted mismo no sabe el gusto que nos da cuando se explica en una materia que nos debe ser la más interesante.

—Yo agradezco mucho á ustedes su política condescendencia, dijo Welster; pero ciertamente me enajeno cuando considero estas cosas, y ya quisiera hallarme perfectamente instruído en vuestra religión para recibir cuanto antes el bautismo, que es la puerta, según enseña la fe, para entrar al gremio de la Iglesia. ¿Pero cómo no se ha de arrebatar mi espíritu, señores, al considerar lo que me falta que decir? Mientras que Jesucristo, este sagrado Legislador vivió, pudieron haberse engañado los que lo seguían en fuerza de sus promesas; pudieron haber creído con la esperanza de mejorar de fortuna; ¿pero qué debían haber hecho cuando lo vieron preso y acusado ante los jueces por hechicero, revolucionario y